



DEBATES INTERNOS

EL BAILE DE LAS PIEDRAS

Francisco Pérez Puche



ÁTEDRA
DE EMÉRITOS

de la Comunidad Valenciana



DEBATES INTERNOS

EL BAILE DE LAS PIEDRAS

Francisco Pérez Puche

Edita: ©



VEHICULOS

de la Comunidad Valenciana

Fundación Valenciana de Estudios Avanzados

Autor:

© Francisco Pérez Puche

Coordinan:

Vicente López Merino

Concha Albalat Criado

Salvador Aldana Fernández

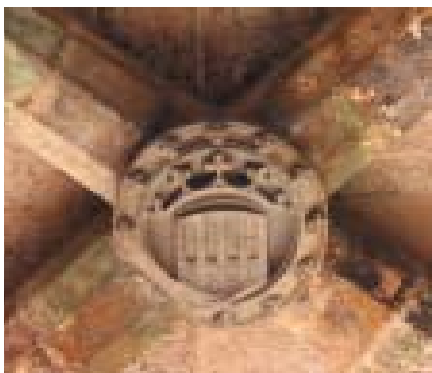
Antonio Alegre Cremades

D. L.: V-4374-2005

Maquetación e impresión:

Gráficas Antolín Martínez. s.l.

Tel. 96 391 89 84 - www.grafamar.com



Esta conferencia fue pronunciada en la Cátedra de Eméritos de la Comunidad Valenciana el día 22 de octubre de 2003 y contenía referencias a hechos producidos pocas semanas e incluso días antes. En junio de 2005, a petición de la propia Cátedra, y para su edición, el autor ha procedido a revisar todo el texto. Se han corregido referencias temporales, se han puesto notas y se han añadido algunos hechos y noticias que se han producido hasta la fecha de la revisión. Una coda final hace referencia al estado de cosas en el inicio del verano de 2005.

EL BAILE DE LAS PIEDRAS

n la tarde del domingo 21 de septiembre de 2003 todo transcurría de forma anodina en las redacciones de los periódicos valencianos, a la espera de los resultados de la Liga de fútbol. Pero de forma inesperada las líneas de Internet remitieron una noticia insólita: la Generalidad acababa de cerrar un acuerdo destinado a rescatar la propiedad del claustro gótico del Monasterio de la Valldigna, desterrado muy lejos, en un chalet situado en el Canto del Pico, en Torrelodones, en plena sierra madrileña de Guadarrama.

El elegante claustro, de capiteles decorados con escudos de las armas reales de Aragón, era una pieza cultural de valor muy especial. Porque además de su elegante traza gótica era un bien arrancado de su emplazamiento original, y desterrado, sobre el que el presidente Francisco Camps había mostrado interés años atrás, cuando fue conseller de Cultura y Educación de la Generalidad. El rescate de la pieza, pues, era una muy buena noticia.

Como la prensa destacó al día siguiente, con la operación de compra se cerraba un círculo que venía a resarcir el daño moral practicado contra nuestro patrimonio cultural ochenta años atrás, cuando el claustro fue vendido por su propietario. Y como el conseller Esteban González destacó ese mismo domingo, permitía, además, avanzar en la “consolidación identitaria del pueblo valenciano”. Los valencianos, ahora, nos podíamos sentir más completos, al menos culturalmente.

Sin embargo, la que ya podemos llamar Operación Valldigna, que se ha venido desarrollando con muchos y complicados avatares durante casi una década, y que según todos los indicios se podrá ver concluida el

¹ Cuando esta conferencia del año 2003 se da a la imprenta, en junio de 2005, la prensa inserta noticias sobre las posibilidades de que el claustro llegue a su destino en el curso de los próximos meses si se culminan los permisos necesarios de la autonomía de Madrid y del ministerio de Cultura.

próximo mes de marzo¹, cuando el claustro vuelva a ser montado piedra a piedra en su emplazamiento original, no es sino una página más del largo, constante movimiento de piezas que caracteriza, desde hace varios siglos, al patrimonio cultural valenciano.

Porque en la Comunidad Valenciana nuestros monumentos, nuestras fuentes, nuestras iglesias y palacios, enteros o fragmentados, y también las instituciones, parece que sufren algo que se parece a una maldición: están condenadas a una perpetua movilidad. Que las más de las veces no obedece a la condición de cambio que va unida a todo lo humano, sino que, por el contrario, es fruto de la improvisación. O de algo todavía más valenciano: lo que podríamos llamar provisionalidad de largo período.

Nuestras piedras y monumentos, también nuestras instituciones, llevadas por esa especie de maldición, se mueven de un lado a otro, incluso agitadamente, en busca de un reposo que el destino les niega. Tanto y tan grande ha sido el trasiego, tan extenso es todavía el dislocamiento, que se puede hablar con propiedad del “Baile de las piedras”, el tema que me ha puesto ante ustedes esta tarde.

Queridos amigos. Muchas gracias por su afecto y por su atención. Muchas gracias por el calor con que me han recibido en esta selecta Cátedra de Eméritos de la Comunidad Valenciana, un club compuesto por intelectuales, artistas y directivos, donde la sensibilidad y el pensamiento adquieren la mayor relevancia.

Muchas gracias a la Fundación Valenciana de Estudios Avanzados, que nos acoge a todos, y que tanto hace desde hace años para fomentar la vitalidad de la sociedad civil valenciana. Y sobre todo, gracias a Concha Albalat, incansable inspiradora de las tareas de esta Cátedra, a quien debo la generosidad de que me llamara a estar esta tarde aquí, entre ustedes, para una intervención que yo acepté como un gran honor. La amistad que nos profesamos, y su generosidad, son las razones de esta presencia mía en un lugar tan agradable y selecto.

Ya saben ustedes, queridos amigos, que soy periodista. Llevo desde 1967 ejerciendo esta bendita profesión. Y aunque en ella he hecho de casi

todo, incluso información deportiva y de sucesos, puedo confesarles que la información municipal, la noticia, el reportaje y el artículo sobre nuestra ciudad es el género que más he practicado y el que más satisfacciones me ha dado.

Ver crecer y cambiar a Valencia, tomarle el pulso a diario, es un placer como pocos. Un placer que obliga a leer sobre su pasado e invita a hacer preguntas sobre lo que se observa. De ahí esta visión mía que, con humor,



he titulado “El baile de las piedras”. Porque casi todo en Valencia me parece que está o estado movido o provisional, un poco descolocado. E incluso rematadamente fuera de su auténtico lugar.

No nos gustan las cosas sencillas, esa es la verdad. Ni nos complacen las situaciones definitivas. A la complejidad de calles que usan dos, tres o cuatro nombres a pesar de ser muy cortas, lo que desconcierta a los visitantes, los valencianos unimos monumentos móviles, piedras reaprovechadas, fuentes saltarinas, iglesias corredizas y gloriosas ruinas que aparecen y desaparecen como almas en pena.

De modo que aunque podemos presumir de una gran amenidad urbana, no hay forma de asimilar con garantías la historia de la ciudad. Como no hay forma de que los monumentos que levantamos en homenaje de nues-

tros hijos más célebres estén siquiera cerca de las calles y las plazas que les dedicamos, lo que contribuye a que el hecho de intentar historiar la ciudad, ponerle alguna etiqueta orientadora, resulte un divertido juego, mezcla del de la gallina ciega y el de la silla vacía.

LA FUENTE DE LA VALDIGNA

Pero retomemos el hilo.

A los pocos días de anunciarse la recuperación de ese claustro de la Valldigna que el propietario vendió en tiempos en que no había protección alguna para los bienes culturales, a los pocos días de anunciarse el regreso de ese claustro que ha pasado algunas décadas retenido en un chalet que usó la familia Franco, la oposición en el Ayuntamiento anunciaba que en los Viveros Municipales, en los Jardines del Real, había una fuente procedente de la Valldigna que quizá debería emprender también un rumbo de restitución a sus orígenes.

¿Cómo es eso: más bienes expatriados? Sí. Del mismo modo que es posible que en el chalet de Torrelodones puede haber alguna otra pieza procedente del patrimonio cultural valenciano que no es objeto de atención porque no fue arrancada de la Valldigna, ahí enfrente, ante nuestras narices, tenemos otra pieza expoliada del monasterio que fundó Jaume II.

El Ayuntamiento, aunque pillado por sorpresa, supo reaccionar con agilidad: “precisamente estos días estamos negociando con la Consellería de Cultura su reintegración al conjunto de donde salió”, dijo un portavoz. Aunque yo no sé si eso será, si podrá ser, si debería ser...

La historia ya es sabida. Desamortizado el monasterio en 1835, como otros cientos de bienes de la Iglesia española, la propiedad salió a subasta y fue comprada por un terrateniente. La finca que fue de los monjes pasó a ser una propiedad rústica y las estancias del cenobio se dedicaron a fines agrícolas. Las piezas más atractivas fueron vendidas como materiales de decoración para coleccionistas caprichosos en tiempos en que no había protección alguna. Gracias a ello hay claustros y ermitas románicas en Nueva York; gracias a ello Hearst, el dueño del imperio periodístico que impulsó la guerra de Cuba, el que inspiró la película “Ciudadano Kane”, tenía mansiones

llenas de fragmentos góticos y románicos comprados a bajo precio en media Europa... pero desde luego en España.

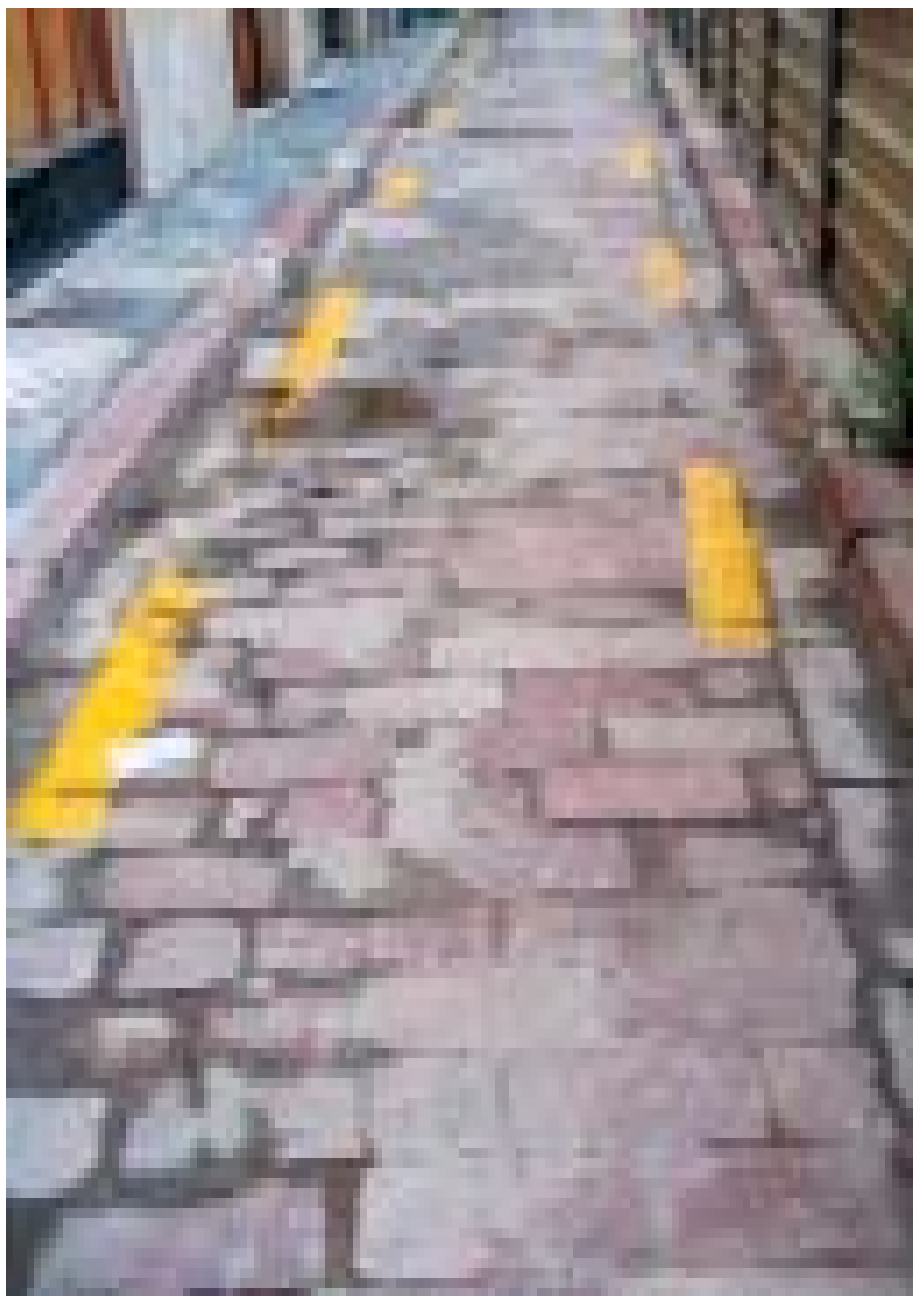
Por eso, porque se vendían las obras de arte sin miramiento, el claustro gótico de la Valldigna terminó en Madrid. Si se derribó el Ayuntamiento de Valencia que se levantaba donde están los jardines de la Generalidad, si Llorente y algún otro erudito tuvieron que mediar para evitar que el artesonado terminara troceado para leña ¿por qué no se podía vender y trasladar una fuentecita de nada?

La fuente, menos mal, fue a parar a las manos protectoras del Museo de Bellas Artes. Desde “Las Provincias”, desde Lo Rat-Penat, desde el Museo de Bellas Artes, Teodoro Llorente y un grupo de valencianos sensibles, clamaron por la salvación de muchas piezas que ahora podemos disfrutar sin conocer su historia. La operación de capitaneó la Academia de San Carlos, cuando reunió las pinturas, libros e incluso muebles que estaba en su mano rescatar de los conventos exclaustrados, vendidos y derribados, merecería un monumento.

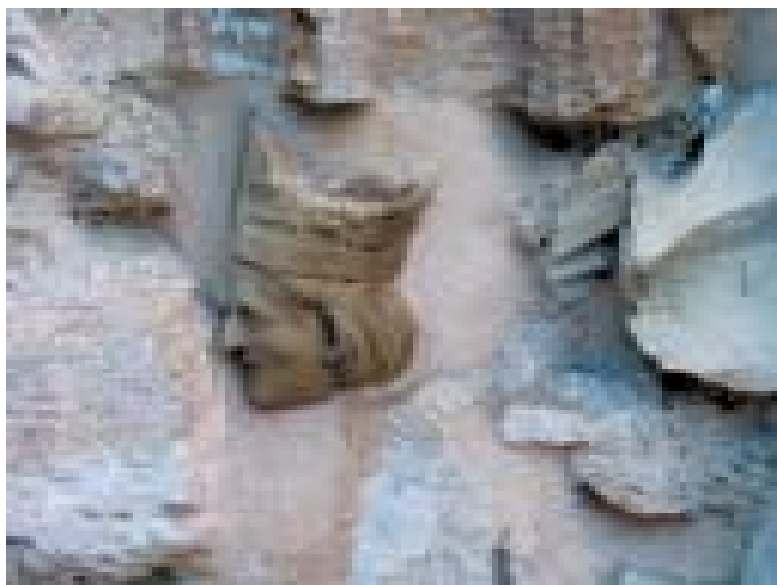
Pero nuestro Museo de Bellas Artes (vean cómo el «Baile de las Piedras» empieza a salirnos al paso) estaba entonces en el Convento del Carmen, otro bien cultural desamortizado. Las pinturas estaban muy mal expuestas y ordenadas. Cuando en la guerra civil se trasladaron a Valencia desde Madrid los fondos del Museo del Prado parece que allí no había condiciones ni espacio y se situaron los mejores lienzos en los bajos de las torres de Serranos. La Valencia de las provisionalidades se convirtió en sede provisional del museo del Prado, del Gobierno, de las Cortes y de muchas embajadas.

Pero en el año 1946 se quiso dignificar el Museo y se determinó su paso al ex convento de San Pío V: un bien desamortizado que por cierto había sido cuartel, hospital militar, orfanato y oficina pública, entre otras cosas.

Es entonces cuando, para darle empaque al Museo, se quiso adecentar la zona colindante de los Viveros, desde la que, además, podrían acercarse los ladrones fácilmente. La cuestión es que se hizo aprovechando una serie de piedras nobles que se habían salvado gracias a intervenciones juiciosas, en algunos casos de emergencia, en medio de los graves procesos de derribo y expolio que había sufrido la ciudad.



La fuente de la Valldigna fue una pieza perfecta para decorar los Viveros renovados. En el libro “Jardines de España: Valencia”, de Carlos Sarthou Carreres, editado en 1948, ya la podemos ver fotografiada en medio de una rosalada. El Ayuntamiento decidió trasladarla desde sus almacenes, donde llevaba bastantes años desmontada. Pero el caso es que en el año 1852 el Ayuntamiento de Valencia se la había comprado al nuevo propietario del monasterio desamortizado. Pagó por ella 2.100 sueldos, sufragados por los vecinos de la plaza de San Lorenzo, que recibieron con alegría el nuevo



servicio de agua potable para el barrio.

En el año 1854 consta que la fuente ya estaba instalada en la plaza de San Lorenzo, donde seguía en 1922 aunque más tarde fue desmontada y guardada por el Ayuntamiento².

Una cosa sí es clara: la fuente de la Valldigna o de Simat, que el Ayuntamiento de esta localidad ya reclamó al de Valencia en 1970 sin alcanzar éxito alguno, lleva más años viviendo en Valencia que años ha pasado manando

² Aparece dibujada en el “Calendario profético para el Reino de Valencia”. 1854. J. Pata de Cabra. Citado en “El ornato urbano. La escultura pública en Valencia”, de Rafael Gil y Carmen Palacios. Ayuntamiento de Valencia. Año 2000

en el recinto monacal para el que fue labrada, dato que alimenta las dudas sobre si es procedente la proyectada cesión.

Pero todos podemos deducir que ahora hay una familia valenciana en conflicto: la concejala de Cultura del Ayuntamiento, doña María José Alcón, encargada de proteger la fuente como patrimonio municipal, está casada con don Vicente Burgos, recientemente nombrado titular de la Fundación de la Valldigna, responsable por tanto de recuperar todo el patrimonio del monasterio que le sea posible.

A este delicado asunto familiar, que tiene su interés, hay que unir el jurídico. Porque, veamos: si la fuente pertenece en su origen a la Valldigna, que es un bien de interés cultural declarado monumento, no es menos cierto que lleva casi sesenta años integrada en otro bien de interés cultural de primer orden como son los Jardines del Real de Valencia. Y que antes ha estado en una plaza tan señalada como la de San Lorenzo, delante del palacio de Benicarló.

¿Asistiremos en su día a un juicio en el que habrá que decidir entre una fuente integrada en dos predios de dignidad y origen real, uno civil y otro religioso y ambos señalados como patrimonio muy respetable? Sin duda que no habrá que ir tan lejos: aunque he aquí que en Valencia, las piedras móviles, los monumentos deslizantes y prestados, las provisionalidades que duran décadas, siempre nos crean conflictos. En este caso hasta conflictos familiares.

En septiembre de 2003 se creyó haber dado con la solución: el Ayuntamiento permitiría que la fuente de la Valldigna viajase piedra a piedra al monasterio de donde salió³. Pero podemos preguntarnos: ¿puede hacerlo? ¿Debe hacerlo?

LLUVIA DE PIEZAS

El caso es que los Viveros se ampliaron entre 1952 y 1953 en una extensión de 33 hanegadas. Y se adornaron con muchas piezas monumentales.

³ Cuando este texto se revisa, en junio de 2005, todavía no ha ocurrido tal cosa. El 8 de abril de 2005, Salvador Galdúf, representante de Credit València Caja Rural y la secretaria autonómica de Cultura, Concha Gómez, firmaron, delante de la alcaldesa de Valencia, un acuerdo de patrocinio para el traslado de la fuente a su nuevo emplazamiento.

La puerta del Palacio de los Condes de Alcudia, la casa de los Moróder que estuvo en la plaza de Tetuán, número 6, podemos verla desde esa época en los Viveros, como testimonia el libro que el padre José Luis Corbín tiene dedicado a ese elegante barrio de Valencia. Y allí está también, junto con otras piedras, columnas y bancos, la puerta del palacio del duque de Mandas, que en su día salvaron de la ruina los académicos de San Carlos, como Teodoro Llorente recuerda en su libro “Valencia”.

En el año 1864 fue derribado este hermoso palacio de la familia Ladrón de Vilanova. En su portada renacentista están los escudos familiares y la figura de dos salvajes con cachiporras, que algunos llaman almogávares según Llorente. La casa, que estaba en la calle de las Avellanas, era llamada por los valencianos “La Casa del Gegants”. Y nos queda de ella ese recuerdo prestado, ese regalo que se guarda en los Viveros.

Pero eso no es nada comparado con todo lo que Viveros encierra. Los Jardines del Real, esa zona verde que empezó siendo parque de esparcimiento de los reyes unida a su palacio, el recinto donde se ubicó uno de los jardines zoológicos más antiguos de Europa, atesora préstamos que difícilmente se podrían devolver sin que el jardín perdiera un pedazo de su esencia.

Porque allí está, formando parte de una rosaleda nacida en los años 70 gracias a Iberflora, la fuente que conocimos en la plaza de la Reina. Allí está también, cerrando el jardín por la calle de Jaca, la portada que Francisco Mora construyó en 1926 para el Banco Hispano Americano, el que estaba frente al teatro Principal, derribado como sabemos para dar paso a un edificio moderno de dudoso gusto.

Otra pieza que podemos ver en Viveros es la puerta de la iglesia colegiata de San Bartolomé, que estaba en la calle de Serranos hasta que fue derribada en los años cuarenta. Del templo, como tiene escrito el padre Corbín, apenas nos queda la torre, desmochada además, porque le han quitado dos plantas de remate, con su pequeña cúpula y la veleta. En los Viveros, trasplantada, está la portada: con la hornacina donde estuvo una imagen de la Virgen de la Concordia, grandota y un poco rolliza, que la gente llamó siempre la “Mare de Dèu Grossa” y que dio pie a la leyenda según la cual había un chaval que pasaba todos los días y saludaba a la Señora diciéndole “Adeu Mariòta” para obtener la respuesta diaria de “Adeu, Joanet”.

No quisiera pasar adelante sin señalar que gran parte de estos trasplantes, que pueden ser poco naturales pero han sido providenciales para que muchas piezas se salven y podamos verlas, se debe a la sensibilidad del arquitecto municipal don Emilio Rieta a quien deberíamos rendir homenaje de recuerdo. Él, como el propio Corbín, han hecho mucho para que, en medio de la agitación natural de este Baile de las Piedras, las pérdidas fueran las menores y las salvaciones las mayores.

LAS PIEDRAS DE LOS SORELL

Porque es que a veces parece que no hay respiro. Prensa, gobierno y oposición compiten abiertamente. Y eso explica que, repentinamente, saltaran a la actualidad⁴ otras piedras valencianas exiliadas: las que proceden del palacio de Mosén Sorell. Se trata de dos portadas de arcos góticos, una de acceso al palacio y otra de entrada a la capilla, que se pudieron salvar del gran incendio ocurrido en 1878.

Las nobles piedras, levantadas para cobijar a la familia de los Sorell, llegados con la conquista y presentes en grandes momentos de la historia de nuestro Reino, fueron vendidas y exportadas. La portada de la Iglesia fue comprada por un propietario inglés y no hay muchas pistas sobre su paradero. De la portada de la iglesia se sabe perfectamente que fue comprada por el gobierno francés, que según Llorente la consideró de mérito suficiente como para instalarla en el Museo del Louvre, donde aún podemos encontrarla.

¿Regresará a casa como el hijo pródigo? Personalmente no creo que sea fácil. Basta ver la relevancia que el propio Museo del Louvre concede, en su página de Internet, a la portada, al escudo y la puerta que posee de la casa de los Sorell para que nos demos cuenta de que, para alcanzar esa meta, no bastará ni una carta ni siquiera dos.

Aunque, nunca se sabe. Allí en el Louvre estuvo nuestra Dama de Elche muchos años, hasta que regresó a España para vivir lo que muchos consideramos otro exilio, aunque de tono menor. Porque el Museo Arqueológico nacional, siendo un lugar teóricamente adecuado, ¿es el punto ideal para

⁴ Ocurrió en octubre de 2003.

que viva la Dama de Elche? En las páginas de “Las Provincias” hay un par de reportajes de este autor en los que se denunció la falta de condiciones de conservación que la pieza sufre.

Cuando los expertos del Ministerio de Cultura decían que el traslado a Elche sería lesivo para la conservación de la delicada piel policromada de nuestra Dama, escribí que a la pieza le llegan continuamente las vibraciones del metro que discurre bajo la calle de Serrano, a poca distancia. Y que la atmósfera, el clima de Madrid, no es, desde luego, el de esa entrañable ciudad valenciana, Elche, en la que apareció y de la que nunca debió salir.

Aunque en ese mismo Museo, para no buscar mucho más, tenemos el Tesoro de Villena, una hermosa colección de brazaletes y vasijas ibéricas, labradas en oro. Como tenemos al menos dos grandes mosaicos romanos, uno procedente de Sagunto y otro de Liria.

Quizá el regreso de la portada de los Sorell ablande el corazón de quienes también retienen a la Dama de Elche. O al retablo de San Jorge, una preciosa tabla pintada por Marçal de Sax para la capilla de Sant Jordi de la “Compañía dels Ballesters del Centenar de la Ploma”, los custodios de nuestra Senyera. La capilla estaba donde ahora se encuentra el Teatro Principal y fue derribada; y el retablo, después de recibir escaso aprecio y no pocos avatares, emigró de España hasta dar en el Museo Victoria and Albert, de Londres, donde ahora la podemos ver en toda su grandeza.

¿Venceremos la natural resistencia de los Museos de Londres y París a devolver lo que compraron? Si no hemos retenido las cerámicas y los bargueños del castillo de Alacuás⁵, ¿recuperaremos una tabla del siglo XV comprada en el siglo XIX? No va a ser fácil lograrlo.

Lo que ya podemos intuir es que el baile de las piedras, la operación de rescate de piezas de patrimonio desplazadas, exiliadas, cambiadas de destino y de lugar, se puede convertir en tema preferente durante las campañas electorales y en una característica de la acción de la administración en

⁵ Este castillo pasó en el otoño de 2003 a ser de titularidad municipal tras largos años de “asedio” por parte de las autoridades locales a la propiedad. Posteriormente el Ayuntamiento lo explota y tolera lo que en su día no permitió a la familia propietaria

tiempos en los que la situación financiera quizá no permite grandes gastos sino buenos gestos.

En octubre de 2003 “Las Provincias” se hacía eco de una nueva denuncia sobre asuntos de patrimonio: los bienes del palacio de Alacuás habían sido subastados. Expropiados por el Ayuntamiento, realmente empujados a dejar la propiedad, a la que querían dar ese uso razonable de las bodas y ceremonias gracias al que se están salvando no pocas masías, alquerías y casas nobles valencianas que los propietarios no pueden sostener, los dueños del castillo de la Alacuás, que en los años cuarenta compraron la casona cuando iba a la deriva y la salvaron de la ruina, sacaron a subasta muebles, cuadros y otras pertenencias.

Seguramente no se deberían haber separado de la casa; pero podemos intuir que estamos ante una falta de sensibilidad propiciada por otra, todavía mayor, nacida de un acto expropiatorio que tuvo ribetes avasalladores y ante el que la Generalidad estuvo muy poco despierta. El Baile de las Piedras, eterno, sigue en Valencia.

PONZANELLI Y LA VERJA DE LA GLORIETA

Pero volvamos a los Viveros. Porque allí, además de algunas estatuas importadas de otros ámbitos, están también las esculturas que Ponzanelli labró en honor de las estaciones del año, que pertenecieron al famoso y desaparecido Jardín de Pontons, donde lucieron junto con el precioso Tritón que ahora vemos en la Glorieta. Durante los tres últimos años, las asociaciones de vecinos de Patraix, donde estuvo en su momento el Hort de Pontons, han reclamado las estatuas para su barrio. Últimamente, ante la reiterada sordera municipal, han pedido que, como mínimo, se les obsequie con algunas buenas copias.

No les hacen caso. Pero confirman que ese baile de piedras, destinos y estatuas es abundantísimo en nuestra ciudad. Sólo en los Viveros hay una variada concentración de ejemplos. Y no hemos terminado: porque esa verja que creemos que está allí “toda la vida”, esa verja de hierro sostenida por pilares rematados por graciosos pináculos que pertenece a nuestro paisaje desde niños, sorprendería a nuestros abuelos y bisabuelos si la vieran ahora.

Porque durante años y años la vieron rodeando la Glorieta, hasta que

el Ayuntamiento la retiró, hacia 1926, en medio de una gloriosa polémica de prensa, otra característica que acompaña la vida móvil de nuestras piedras.

Podríamos contemplar ahora la cambiante movilidad de la Glorieta, que se dedicó a cine y a teatro en algún momento de su azarosa vida y que fue cortada en dos por una calle con circulación, prolongación de la de la Paz, cuya huella aún se ve porque faltan los árboles en su trazado.

Podríamos anotar también que la bancada de piedra que hay en la esquina de la plaza de Tetuán es una importación robada a los pretilos del Turia en la zona lindante con Mislata. Al igual que lo es esa popa de buque, labrada en piedra, que hay frente al palacio del Temple: nunca estuvo allí y el Ayuntamiento la puso para decorar.

Sin salirnos de un radio de no más de doscientos metros, podríamos hacer también la historia azarosa de la Aduana, construida en los tiempos de Carlos III y convertida después en Fábrica de Tabacos por cuya puerta principal entraban incluso las vías del ferrocarril de vía estrecha que daba servicio a sus almacenes. La fábrica se incendió a finales del XIX y años más tarde ¿definitivamente? se convirtió en palacio de Justicia.

Y podríamos hablar de los muchos años que nos costó levantar el monumento al Rey don Jaime en el Parterre, cuya estatua iba a emerger de una rocalla con surtidores mitológicos que hubiera impedido la actual ofrenda de flores y coronas de laurel. Aunque también es verdad que el suelo primitivo del Parterre está más bajo y que el Rey tiene ocultos al menos un par de escalones de su pedestal... sin duda a causa de la acumulación de barro de las riadas.

EL MEGATERIO VIAJERO

Pero vuelvo a los Jardines del Real; no quiero salir de estos Viveros Municipales que por lo que estamos viendo lo tiene casi todo prestado. Allí, en el Museo de Ciencias Naturales ubicado en lo que antes fue restaurante para bodas y banquetes, (destinos que van cambiando, como se ve) está el megaterio, el animal antediluviano que José Rodrigo Botet trajo desde la Pampa argentina junto con una rica colección paleontológica.

A finales del siglo XIX, cuando faltaban muchos años para que las películas de «Parque Jurásico» pusieran de moda los dinosaurios, el ingeniero ferroviario se lo regaló a un Ayuntamiento que no supo bien qué hacer con aquellos descomunales fósiles y acabó instalándolos en el Almudín, un precioso edificio que había sido en origen almacén de grano de la ciudad.

Allí pasó el megaterio casi todo el siglo XX, hasta que el Almudín envejeció, amenazó ruina y los arquitectos recomendaron un realojo. Durante los años ochenta, y que nadie se sienta aludido por ello, el Ayuntamiento de Valencia fue el único de España, y yo creo que del mundo, que tuvo buena parte de su planta baja ocupada por un megaterio: una nueva ubicación provisional que no se resolvió hasta que en 1998 el gigantesco animal aterrizó en los Viveros, que es justamente donde Rodrigo Botet lo había querido poner... aunque exactamente un siglo atrás.

Piedras móviles, dinosaurios viajeros, destinos cambiantes; demoras seculares y provisionalidades eternas. Los Viveros, por tener, han tenido en su seno hasta aquél hermoso pabellón municipal de las tres cúpulas, el de la Feria de Julio, el que apareció en la película “El mayor espectáculo del mundo»: el Ayuntamiento de Miguel Ramón Izquierdo lo instaló fijo en los años 70. Pero basta que digamos que una cosa provisional se convierte en fija para que intervenga el destino de los trashumantes: un vendaval lo derribó, y lo hizo añicos, sin que nadie se atreviera ya a reconstruir la obra de Carlos Cortina.

Pero aún hay otra curiosidad sarcástica en este jardín de préstamos: lo único que tiene como patrimonio propio y original, aparte desde luego la gloria de su vegetación, es lo que guarda más celosamente. Me refiero a las ruinas del Palacio Real mismo, que son la “Muntanyeta d’Elio”, una acumulación de cascotes, columnas, sillares y cerámicas procedentes del palacio de los reyes de Valencia, que fue apresuradamente derribado por los propios valencianos, en el año 1811, ante la inminente invasión de los franceses. Los escombros del Palacio son la parte de los Jardines del Real más auténtica; y la que no se nos permite ver.

Improvisamos, tenemos prisa, dejamos los restos del naufragio en un montón y nos crecen pinos centenarios encima. Desde la Feria de Muestras

hasta «La Muntanyeta d'Elio» construimos un día un elegante puente. Pero después lo derribamos, como la Feria misma. Lo nuestro es quitar y poner, baile de piedras, cuento de nunca acabar.

Ya ven que apenas hemos salido de los Viveros. Si lo hacemos, podremos hablar de la fuente de las Cuatro Estaciones de la Alameda, que estuvo en la plaza del Mercado hasta 1861 hasta que se le llevaron para que viera el Palacio de Ripalda y saliera en las fotos con él... hasta que lo derribaron.

También podemos hablar de los leones del Jardín de Monforte, que se labraron para la puerta principal de las Cortes Españolas pero a los padres de la patria les parecieron pequeños finalmente, fueron despreciados y los compró el banquero valenciano propietario del jardín.

Y es que Valencia, la ciudad más cambiante de todas, la ciudad de las piedras móviles, es así. ¿Quién no recuerda la tortada que el arquitecto Goerlich construyó para el centro de la plaza del Ayuntamiento? A la plaza le han dado una nueva fórmula urbanística; es la tercera que conocemos quienes peinamos canas. Pero antes, en los treinta primeros años del siglo XX, hubo otras. La plaza de que llamó de Castelar tuvo otros formatos. Pero no es difícil encontrar pistas de la tortada de Goerlich por la ciudad: si vamos al monumento a los “maulets” que hay en la Avenida del Antic Regne, antes llamada de José Antonio y de la Reina Victoria Eugenia, nos vamos a encontrar varias columnas del patio porticado subterráneo y circular sobre el que se articulaba el proyecto de Goerlich. Y si vamos al Llano de la Zaidía podemos encontrar, presidiendo una zona ajardinada, la fuente que se levantaba en el centro de esa patio subterráneo.

LA PIEDRA SE TRANSFORMA

En Valencia se puede afirmar que la piedra, como la energía, sólo cambia de lugar y se transforma. Los monumentos se reciclan y acaban por estimular la curiosidad del paseante que a lo mejor termina preguntando ¿dónde he visto yo esto antes que aquí? Nos puede pasar en Torrefiel, por ejemplo, a la vista de una iglesia: porque es que la estuvo hasta los años setenta entre las calles de las Barcas y don Juan de Austria.

En aquella zona hubo una necrópolis judía. Y allí se ubicó, desde el siglo XVII, un convento de monjas, dedicado a Santa Catalina de Siena, que fue derribado para dar paso al primer centro comercial de El Corte Inglés en Valencia. La iglesia, menos mal, no se perdió: sólo viajó hasta las inmediaciones del estadio del Levante Unión Deportiva. Y la congregación de monjas, con la operación, pudo levantar un nuevo convento a las afueras de Valencia, en una zona desértica del término de Paterna que se conocía como partida de La Coma. Rodeadas de silencio y algarrobos, las monjas se dispusieron a rezar.

Claro que lo que fue un despoblado hecho a medida para la clausura, el retiro y la oración, se encuentra, treinta años después, rodeado de una autovía, magníficas urbanizaciones y una ciudad de ocio, Heron City Kinépolis, donde el alcalde de Paterna presume de tener un cine de más de 8.000 butacas.

Las religiosas, que ya no encuentran la paz, reciben por debajo de la puerta, todos los días, un par de ofertas de compra de su parcela y deben estar pensando no ya en el jugoso ofrecimiento, sino dónde encontrar un nuevo y más lejano, silencioso emplazamiento. Los empresarios del mundo inmobiliario quieren consultar a la madre abadesa sobre el lugar que elegirá; porque están convencidos de que esa orden tiene baraka, tiene un particular olfato para los negocios: suelo que eligen como desierto se revaloriza en una o dos décadas.

Los conventos valencianos son, probablemente, las instituciones que mayores cambios y exilios han experimentado. Víctimas muchos de ellos de la desamortización, han cambiado de mano y de destino cuando no han desaparecido. El Consejo Valenciano de Cultura, que preside el profesor Grisolia, elaboró un paciente trabajo destinado a recuperar la memoria del patrimonio valenciano perdido. La nómina de duelos y quebrantos, de pérdidas y cambios de destino es extensísima y el acoplamiento nos ha llegado hasta los tiempos actuales a través de casi dos siglos. Valencia ha perdido ermitas y cofradías, conventos y casas de oración, teatros y sedes gremiales.

Todavía polemiza Valencia sobre el destino final que se dará al Convento

del Carmen y sobre si procede trasladar o no a San Pío V las piedras del patio del Embajador Vich que se encastraron en El Carmen cuando el Museo de Bellas Artes se ubicó allí, durante el siglo XIX. El Carmen, que fue Museo y Academia, Escuela de Artes y Oficios y de Bellas Artes, es ahora Museo del Siglo XIX y alberga la Bienal.

Pocas cosas hay en Valencia unidas a su destino original. El Micalet y la Catedral, la Basílica de la Virgen, el convento de la Trinidad... y no mucho más. Aunque me vienen a la memoria dos piezas clave e inmutables, que no deberíamos olvidar sin injusticia: el Colegio del Patriarca, que es como un Arca de Noé depositada en su lugar por San Juan de Ribera; y su gran vecina, la Universidad, que ha sido objeto de una primorosa restauración.

Los puentes han sufrido numerosas mudanzas y apenas el de la Trinidad sería reconocido por un valenciano del siglo XVI. Para empezar, los sucesivos rellenos aluviales del río, más los añadidos del jardín, hacen que el suelo del cauce esté casi dos metros más alto que el cauce original, con lo que puentes y pretilos se nos han quedado achatados y con menos perspectivas.

El Temple, ya lo sabemos, fue Diputación y delegación de Hacienda. El viejo hospital ha sido reciclado como Biblioteca, lo que permitió salvar su crucero en tiempos de seria amenaza. En cuanto a la Biblioteca Valenciana, podemos presumir de tenerla en un monasterio de enorme valor, San Miguel de los Reyes, que Valencia tuvo abandonado después de usarlo como prisión y como almacén de la Diputación y el Ayuntamiento.

De aquella magnífica ocasión de Valencia que fue la Exposición Regional de 1909 nos quedan, aunque por los pelos, algunas piezas: que han ido cambiado o van a cambiar de destino en el futuro. Se ha restaurado el palacio municipal de la Exposición, que ha tenido una vida lánguida y de abandono cuando no era usado como sede de la grúa o sala de ensayos de la Banda Municipal, hasta hace muy poco. Y hay planes para adaptar como Balneario lo que fue Asilo de Lactancia. La Fábrica de Tabacos va a ser convertida en futura sede del Ayuntamiento y la Lanera se está transformando en 2005 en un hotel de lujo.

Por cierto que la cárcel modelo y la de mujeres, nacidas a principios del siglo XX, están en espera de destino. Envidiosas, probablemente, del aprovechamiento deportivo que han tenido dos recintos, el Matadero y Abastos, que han sido dedicados a modernos pabellones con piscinas y gimnasios. Incluso el depósito de agua potable que construyó Ildefonso Cerdá a mediados del siglo XIX ha sido reaprovechado y se ha convertido en Museo Histórico de la Ciudad. Como hemos aprovechado, afortunadamente, casi una docena de palacios notables: la Bolsa está en el de los Boil d'Arenós; las Cortes en el de Benicarló, que empezó siendo de los Borja y acabó en manos de la Jefatura del Movimiento; la Universidad Menéndez y Pelayo está en el palacio de Pineda; el Consejo de Cultura Valenciana en el de Forcalló; el palacio de Raga es residencia de la tercera edad; el Palacio del Almirante es sede de la consellería de Hacienda; el palacio de Berbedel es ahora pinacoteca de la Ciudad y el Palacio de Cervellón ha sido adaptado con toda su carga de historia como Archivo de la Ciudad.

Todo en Valencia se mueve y casi todo parece provisional o fuera de contexto, por más que nos sea querido y entrañable. No nos asombra tener a la Fuerza de Maniobra instalada en el viejo convento donde dormía San Vicente Ferrer porque nos hemos acostumbrado. Cambian las piedras, los nombres y los destinos, y de un uso pasamos a otro.

MONUMENTOS DISLOCADOS

La dislocación se hace patente cuando descubrimos que el monumento a Cervantes estuvo en la plaza del Picadero, que es la que ahora llamamos de los Pinazo, un ensanchamiento de la calle de Colón. La estatua que modeló Benlliure la tenemos en la calle de Guillén de Castro y la del poeta Llorente está la Gran Vía del marqués del Turia.

El homenaje al fundador de "Las Provincias" no lo tributa la ciudad en la plaza que le tiene dedicada, junto al Temple, delante de la casa donde vivió casi toda su vida, porque allí está desde hace años la estatua del pintor Ribera, que antes estuvo en la plaza de Castelar. En cuanto al marqués de Campo, su monumento, que estuvo también en la plaza de Castelar desde 1915, se levanta ahora en la elipse dedicada a Cánovas del Castillo, en la Gran Vía.

El monumento al pintor Pinazo no está en la plaza de los Pinazo, como era de suponer, sino en el jardín que hay junto a la Audiencia, en la calle de Colón. A Luis Vives lo tenemos, y ya es un acierto, en el patio de la Universidad. Y San Juan de Ribera está presidiendo el patio de su colegio. Pero Juan de Juanes está en la plaza del Carmen y la Virgen del Carmen... en otro sitio. La advocación mariana y marinera, hasta el año 2002, tuvo imagen levantada sobre una columna procedente del Viejo Hospital en la plaza del Portal Nou; pero como molestaba para plantar la falla de Na Jornada, se trasladó unos metros, hasta la isleta que hay a la subida del Puente de San José, puente donde (¡menos mal!) sí que tenemos puesta los valencianos la imagen de San José.

Dos buenas noticias debemos considerar: se ha vuelto a abrir la Casa del Xavo, un edificio entrañable de nuestro paisaje urbano en Marqués de Sotelo, y ha comenzado el regreso de la torre metálica del edificio de Correos, que se va a reponer en el curso de una completa restauración. Son confirmaciones de movimiento en la Valencia móvil y agitada. Podríamos seguir con muchos ejemplos, casi indefinidamente, en este «Baile de las piedras» que caracteriza a la ciudad. Pero yo creo que debemos hacer parada final en la Roqueta, un monumento salvado hace 30 años al que nadie parece querer dar un buen destino.

Ya hemos visto que desde el Centro Excursionista al Colegio Mayor Rector Peset, más de una docena de palacios, conventos y casas nobles han sido adaptados en las dos últimas décadas como sede de instituciones valencianas. Pero La Roqueta, en este “Baile de las piedras”, no ha tenido todavía una pareja adecuada que sea capaz de situarla en el centro de la pista y bajo los focos. Quizá sean sus dimensiones, quizá asusta su potencial histórico, que enlaza con los orígenes del cristianismo en Valencia y con los primeros pasos del Reino que El Conquistador fundó. Se habla de la Academia Valenciana de la Lengua; pero no parece haber dote presupuestaria para lo que podría ser una gran boda.

Es probable que La Roqueta sea una de nuestras grandes deudas históricas. Es probable que tengamos que hacer ahí una nueva operación de adaptación de destino en la ciudad de las piedras móviles. A lo mejor es

nuestra última gran provisionalidad en esta Valencia que consigue a veces aturdirnos, que nos desorienta con las andanzas de sus piedras, monumentos y destinos.

Aunque habrá que confesarlo finalmente: esto no es, nunca ha querido serlo, un memorial de agravios. De las peculiares formas de ser de la ciudad, de los rasgos que nos caracterizan, hablamos en el seno de la familia y cuando hay un clima de afectuosa confianza. De los tics, y del acné, hablamos porque todos sabemos que hay una base de amor imborrable que nos engancha y enamora. Eso ha pretendido ser esta charla sobre Valencia, sobre la ciudad del Baile de las Piedras.

CODA

Durante los años 2004 y 2005 el tema de las piedras móviles, reclamadas y reivindicadas ha seguido estando de permanente actualidad. El claustro del abad de la Valldigna no ha regresado al monasterio y la fuente de los peces no se ha movido por ahora de Viveros. Pero se ha hablado mucho de ellos.

Y de otros muchos asuntos y sorpresas. En la Catedral de Valencia ha aparecido la tumba de un obispo olvidado y se ha producido el sensacional reencuentro con los frescos de la bóveda del altar mayor, realizados por los pintores Pagano y San Leocadio, enviados por Rodrigo Borja a Valencia. Las pinturas, cubiertas por un falso techo barroco, van a ser descubiertas ahora en el natural clima de polémica.

En otro orden de cosas, mientras la prensa recordaba las piezas de arte valenciano guardadas en museos catalanes y las esculturas de la Colegiata de Gandia trasladadas a Dinamarca y Barcelona, tras complejos avatares, un investigador de la Safor, Vicente Pellicer, daba a conocer, en la primavera de 2005, el fruto de sus pesquisas en los archivos del Palacio Ducal de Gandia hasta redondear lo que sin duda es el catálogo de una dispersión de importantes bienes culturales valencianos.

Se produjo en el siglo XIX, cuando mayor fue la decadencia de la familia Osuna, heredera del patrimonio de los duques de Gandia. El caso es que una docena de estatuas antiguas que estuvieron en el palacio que fue de los Borja, están ahora en la Alameda de Osuna de Madrid. Otros muchos

bienes fueron perdiendo los duques; entre ellos, Vicente Pellicer cita cuatro obras de Velázquez.

El baile de las piedras sigue. Y ya desborda las dimensiones razonables de una conferencia.

